



CRONICAS DE LA EPOCA

1921-1989

Cuando Guillén todavía no era "el malo" para Neruda

HERNAN MILLAS



¿Murió, ahora bueno, o Guillén, el malo, o ambos eran buenos?

La duda la expuso Pablo Neruda en sus memorias *Confieso que he vivido*. Allí junto con zaherir a Juan Ramón Jiménez, vilando de "demonio barbudo" que cada día lanzaba saeta contra éste o aquél y de ser "un neurótico que empañaba su condición de poeta de gran esplendor", habla de los Guillén. Cita a varios poetas y llega a "Guillén, el bueno". Con esto quiere dejar en claro que su elogio va para Jorge Guillén, el poeta español, el admirable autor de *Cantico*, que demoró diez años en escribir 75 poesías iniciales, menos de ocho en cada año, todo un ejemplo. Neruda, con esa discriminación, advierte que el otro Guillén, Nicolás, el cubano, que falleció el domingo 16 en La Habana, era "el malo". El otro había muerto hacia cinco años.

Curiosamente, Neruda fue amigo de ambos, y entrañable amigo. Con el cubano perteneciente también al Partido Comunista, los dos recibieron el Premio Lenin, y asimismo estuvieron defendiendo a los republicanos en la guerra civil española.

Por qué Neruda terminó pelearse con el cubano, quien hizo entrar por la puerta ancha de la poesía al sentimiento builido del negro cubano, que en el son refleja su gracia y esperanza?

La razón se la escuché al propio Neruda. "Guillén (el cubano, el malo) tricionó la amistad de una vida al convertirse en un burócrata servil". Así de simple.

Fue en la década del 60 cuando el PEN Club de Estados Unidos organizó un encuentro de escritores e invitó a Pablo Neruda. Este aceptó, y, asimismo, accedió a la solicitud de varias universidades para dar charlas. A su regreso, en Lima, el presidente Belaúnde Terry le otorgó la mayor condecoración a la que puede aspirar un extranjero por haber escrito *Las Aliteras de Machu Picchu*.

Neruda go home

Los escritores y artistas cubanos, cumpliendo con la orden del partido, pusieron su firma a una declaración pública diciendo que Neruda por una invita-

ción se había vendido al imperialismo norteamericano, a los invasores de bahía Cochinos. Y que también el reaccionario gobernante peruano se lo había comprado con una medallita. La declaración iba encabezada por Nicolás Guillén, como ministro de Cultura y asimismo el Presidente de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba. Neruda jamás se lo perdonó, ni tampoco a Fidel. Baltazar Castro cuenta que él, en una oportunidad, le dijo al dictador cubano que Neruda estaba muy sentido por esa actitud. Fidel le había contestado que eso ya estaba olvidado, que se produjo cuando la ira contra Estados Unidos admitía reacciones de esa naturaleza. "Fidel exclamó: —¡elata! Baltazar—. ¡Pablo puede estar tranquilo! Digalelo".

No sé si Neruda terminaría recordándolo. Lo de Guillén le dolía y eso que él tenía mucho sentido del humor. La prueba es que, en ese mismo viaje, a su pasada por Caracas, encontró a la entrada de su hotel un letrero que decía: "Neruda, go home", eco del enojo castrista. Aquella noche, el vate se lo "robó" y lo lucía en el bar de su casa de Isla Negra.

Conoció naranjo al vate cubano. Fue, en 1956, en mi primer viaje a Europa. Poco antes, Lenka Franulic había llegado con él a la vieja casita de la revista *Ércilo* en calle Agustinas cerca de Riquelme. Julio Lanza-rotti, que era el director, lo invitó a almorzar con los redactores. Nicolás Guillén era un mulato que caía en gracia. No olvidaba su origen humilde: había sido tipógrafo en Camaguey, y de ahí se convirtió en periodista. Para animar el periódico dominical escribía poemas. Cuando el sargento Batista dio un cartelazo en 1953, lo envió a la cárcel. Cuando vino a Chile hacia poco que había cambiado la prisión por el exilio.

Yo no imaginé que pronto lo volvería a encontrar en París. El canal de Suez estaba de moda y el coronel Nasser invitó a periodistas de todo el mundo, entre los que me conté.

La madame Savage

Los chilenos tenían entonces el hábito de llegar al hotel Saint Michel, que quedaba en la rue Cujas 19, en el corazón del Ba-

rio Latino, vecino a La Sorbonne. Con más de cinco mil hoteles en la Ciudad Luz, a todos se les ocurría recomendar ese establecimiento. Tal vez la causa estaba en que se sentían como en Chile, igual que como hay quienes apenas llegan a Mendoza ya oyen unas lagrimas al escuchar cantar *Si vas para Chile*. A la entrada, en la recepción, los chilenos dejaban sus recuerdos con cartiles de la Unión de Tomadores de Tinto, banderines del Colo Colo y de la "U". El hotel tenía siete pisos, sin ascensor y cada piso equivalía a subir tres. Un servicio higiénico (sin ducha ni tina) por piso. Mientras más arriba quedaba la habitación, la tarifa era más reducida.

Desciendo del taxi con mi maleta y me topo en la puerta con Nicolás Guillén. Atardecía y tomaba el fresco como si estuviera en La Habana. Me anduvo reconociendo, y me dijo: —Siga mi consejo. Váyase al hotel que queda en la esquina, al frente. Aquí va a pasar un mal rato.

¿Qué ocurría? Tito Mandi, el ingenioso periodista ya desaparecido y que era una ametralladora hablante en el micrófono, y despedazaba las máquinas de escribir al entregar una carilla en un minuto, había tenido una rña con la duña del hotel. Ella, madame Savage, era viuda

de un héroe de la resistencia. Tito, en su vehemente bohemía, la había maltratado. Justo en el momento en que inquiría las razones a Guillén, asomó madame Savage, y al reconocerme el acento chileno se puso a gritar: "No quiero más un chileno en mi hotel... Son unos... Ahora mismo los echo a todos".

Guillén, muy amable, me ayudó a trasladar la maleta hasta el hotel cercano, y en su bar reiniciamos una conversación iniciada en Santiago. Muy calmado, me advirtió que muy pronto se le pasaría el enojo a Madame Savage "porque quiere mucho a los chilenos y eso que no son muy cumplidores en el pago".

Luego creyó de buen gusto agregar: "yo tampoco estoy al día". No estaba muy equivocado el creador de *La paloma del vuelo popular* respecto a los vaivenes emocionales de madame Savage. A las tres de la madrugada fui despertado por los gritos de los que fueron grandes amigos: Augusto (el Perro) Olivares y el chico Mario Díaz. Hasta mi tercer piso llegaban sus llamados: "El pueblo de París te pide que asesmes a tu ventana y luego bajas a recibir la bienvenida".

Tratán también un recado de madame Savage: me esperaba al otro día.

Olivares y Díaz vivían en París con las remesas que Lenka Franulic, ya directora de la revista *Eva*, les enviaba por sus colaboraciones. Un chileno, aparte de la amistad, era siempre bien recibido.

Ambos eran los mejores y más económicos guías del París nocturno. En cada establecimiento de Montmartre y de la Place Pigalle tenían un amigo cantante o músico a quienes les enseñaban temas latinos. Les sugeri despertar a Guillén y salir juntos.

"No, se queda dormido", fue la respuesta.

Me hicieron una proposición: por mucho menos de lo que tenía destinado a comer en París, podría almorzar en un elegante departamento frente al jardín de las Tullerías, vecino al Sena y a la plaza de la Concordia, y atendido por dos hermosas muchachas. Además, tendría la satisfacción de compartir las meriendas con esos dos amigos. "Incluso podríamos invitar a Guillén para que nos recite algo".

¿Cuál era el secreto de esa oportunidad? Una amiga venezolana, hija de ricos hacendados, estudiaba en La Sorbonne, y como era verano, había viajado a su país a visitar a sus familias, dejándoles el departamento. En cuanto a las dos encantadoras muchachas eran unas estudiantes argentinas que también pasaban privaciones en el hotel Saint Michel. Ellas iban al cercano mercado de Les Halles, se proveían de menestras y nos cocinaban. Machismo puro.

Otra vez Guillén

Una mañana volví a recibir una mala noticia de parte de Nicolás Guillén. En la puerta del hotel me comunicó: "Olvídense de sus amigos. Se han marchado por un tiempo".

Me puso al día de lo ocurrido. La noche anterior habían llegado al hotel René Fria (el olvidado poeta de *La maestra* y que fue intendente de Santiago) y Miguel Paredes, que ya expendía números de la Lotería. Fria se había sacado el "gordo" con unos décimos e invitó a Paredes, que le trajo la suerte, a conocer París. Ambos llegaron al hotel Saint Michel. Y allí Olivares y Díaz los ofrecieron, ya no un departamento en las Tullerías, sino que un *tear* por toda Francia. En realidad, el ingenio, la chispa, de Olivares en especial, auguraban un encantador viaje.

Los días que me restaban en París los compartí con Nicolás Guillén.

Curiosamente en las semanas que llevaba en la capital del mundo no había salido del barrio latino. Confieso que se perdía si se alejaba algunas cuadras de esa rue Cujas. Nos ayudamos en descubrir París. Insistía en probar todas las noches la sopa de cebollas en las "cocineras" de Le Halle, hoy desaparecido. Y también insistía en volver a visitar el cementerio Père Lachaise, y luego seguir al de Montmartre y al de Montparnasse, deteniéndose en la tumba de cada poeta, escritor o músico. A Baudelaire, en Montparnasse, le dejó unas rosas. Y a Alphonse Plessis, supuestamente la "dama de las camelias", en Montmartre, le llevó una violeta.

No puede hablarse de "Guillén, el malo".

Cuando Guillén todavía no era "el malo" para Neruda
[artículo] Hernán Millas.

AUTORÍA

Millas, Hernán, 1921-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando Guillén todavía no era "el malo" para Neruda [artículo] Hernán Millas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile